

Y, ciega de indignación, se lanzó como una furia, clavando sus uñas de gata embravecida en el rostro de Fiacrán.

Éste la estrujó y la arrojó violentamente contra el suelo, demudado, fuera de sí.

El choque y el alarido de su víctima lo hicieron volver en sí; y, midiendo la enormidad de su acto, se dejó caer como desmayado sobre un banco, presa su ánimo de mortal angustia, de angustia vergonzosa.

Y en Fiacrán no era sólo su amor, desbaratado así por la mujer que adoraba. Era su orgullo el pisoteado también, en ese arranque de mal reprimido desencanto.

El joven luchador quedóse paralizado en sus meditaciones, cuando los sollozos de su amada le hicieron levantar la cabeza doblemente bajo el peso de la angustia y la vergüenza.

Pasado el síncope que le produjo la violencia brutal de que había sido víctima, Soledad se puso de pie trabajosamente, y el llanto inundó sus mejillas en riego de dolor y consolución.

Atenta solo a su dolor, el camión desgarrado por la violencia del choque, cayó a sus pies, quedando como una Venus dolorosa, surgiendo del rebrujamiento de hilachas, como si flotara sobre las espumas de un mar ideal.

¡Qué inmensamente bella y seductora se destacaba en su actitud doliente!

* * *

Fiacrán despertó sobresaltado, prisionero entre los brazos de la amada, que dormía con serenidad beatífica.

La calma y la obscuridad de la noche lo envolvían en dulce caricia, que el lecho brindaba con sus tibiezas voluptuosas.

El conjunto de todos esos ardores misteriosos, parecían reanimar su espíritu y agrandar sus recuerdos.

Y fue el cuadro de sus furiosos bo-

chornosos de horas antes, el que lo excitó y lo avergonzó.

Libertándose de los brazos de ella, sin despertarla, como movido por un pensamiento extraño, saltó fuera del lecho y encendiendo la vela que esparció por el cuarto su luz amarillenta, comenzó a vestirse.

Y contempló a Soledad, que profundamente dormida, bajo el reflejo amarillento, semejava un cadáver aureoleado de santidades, en la pálida belleza de la muerte.

Mortal tristeza se apoderó de Fiacrán pensando que iba a abandonar su nido modesto, y delicioso, que le recordaba los únicos goces, las únicas delicias de su vida; así tan alta-nera y risueña como buena; tan dulce y violenta como tierna.

¿Por qué cortar, pues, esa relativa felicidad hecha de caricias ardientes, de escaseces soportables? Ella no lo engañaba, no; era demasiado honrada para venderse por cintajos; demasiado soberbia para resignarse a sufrir vida de privaciones.

¡Qué bella la encontraba en la placidez de su sueño tranquilo, en su dulce abandono! A punto estuvo de despertarla con besos apasionados, si el tropel insurrecto de insultos que le disparó en la refriega, no hubieran golpeado su orgullo.

¿Por qué lo había insultado si lo amaba? ¿Por qué ese ensañamiento cruel, esos arañazos feroces, que lo impulsaron a la brutalidad y la violencia?

El, tratado como el último de los miserables e infamado por esos labios en los que vació todo su ardor pasional.

Y esos labios que lo habían revolcado en fango vil, eran los de la mujer amada. Y esa amada había sacado de sus secretos repliegues, complicadas malicias para enervarlo.

Y él, a los insultos había respondido con la brutalidad de sus manos, para luego arrastrarse, deslumbrado por el encanto de sus carnes..... a implorar perdón..... a llenar ese